



APORTES CIENTÍFICOS DESDE HUMANIDADES 11 TOMO II
II Jornadas Latinoamericanas de Humanidades y Ciencias Sociales
XI Jornadas de Ciencia y Tecnología de la Facultad de Humanidades
Repensar las humanidades, compromisos y desafíos

LA METAFÍSICA ARISTOTÉLICA EN SU DOBLE PROYECTO

PONCE RUIZ, María Cristina
MONTI, Daniel R.

LA METAFÍSICA ARISTOTÉLICA EN SU DOBLE PROYECTO

PONCE RUIZ, María Cristina
MONTI, Daniel R.

El camino del espíritu griego, en su glorioso decurso, parece haber coincidido con el despliegue de las plurales acepciones de logos. Decurso que, por su parte, muestra de continuo las huellas de la dualidad. Es éste el contexto para nuestras indagaciones centradas en algunos libros de la *Metafísica* de Aristóteles, y en su búsqueda de una ciencia (A 982a 5) que él aspira encontrar, y que para Leibniz, permanece “entre las ciencias que deben buscarse”, aún.. Es aquí donde se vuelve legítima la pregunta por la dualidad en Aristóteles; ya que preguntar acerca de la ciencia buscada conduce al planteo de la dualidad entre dos concepciones de Filosofía.. Luego de desestimar la posibilidad de la Física como ciencia primera, ya que encuentra una esencia inmóvil y eterna, como respuesta a “¿si hay otros seres “además” de los sensibles?” z(Z 1028b 25-30; 1076a 10), se abocará a su estudio, fundando la llamada filosofía primera o teología cuyo problema central será el de la *separación*. Así concebida la Ciencia lo será sólo de algunas esencias. Pero anterior a éste, el problema de la *unidad* del ser se proyecta en la ciencia del ser en cuanto ser, ciencia universal que funda una onto-logía, y en tal sentido pone en discusión las múltiples significaciones del ser, esto es la controvertida relación entre *lógos* y *tò ón*.

Palabras clave: lenguaje - logos – ontología- teología - to on

¿Qué es el ser?. Esta pregunta es aporética. Para muchos “eternamente” aporética. Por eso la ciencia que lo estudia aún debe buscarse. En esta búsqueda, desde Aristóteles, demasiados avatares nos separan del hombre histórico, habida cuenta que su obra se hace pública (se edita) recién en el S.I aC [Aubenque,11], circunstancia ésta que tal vez ayude a comprender en algo el problema que entraña el nombre: “*metafísica*” y aquello

que nombra, ¿por qué nos parece que su proyecto es doble?. La crítica es coincidente en señalar que por primera vez en la historia de la naciente filosofía Aristóteles a/e-nuncia que “hay una ciencia que estudia el ser en cuanto ser y sus atributos esenciales” (G 1003^a 21). La novedad de esta ciencia se pone de manifiesto tanto en la comprobada ausencia de la misma en las clasificaciones del saber propias de la época como en el empeño de Aristóteles por desarrollarla y acreditarla. Sin embargo, él no sólo no la incluyó en su clasificación –física, matemáticas, teología- sino, luego de su muerte, el interés por la nueva ciencia quedó acallado, según algunos por lo abstracto y difícil que resulta “pensar un ser que no sea un ente particular” [Aubenque, 28]., y que además, probablemente poco aporte a un saber acerca de nosotros, seres particulares, corruptibles, móviles, habitantes del mundo sublunar..

La ciencia del ser en cuanto ser, que es ciencia como lo dice su nombre, es conocida no obstante a partir del s.I de nuestra era como *Metafísica* (Nicolás de Damasco) [Aubenque, 31], nombre tardío y evidentemente postaristotélico, pero sobre todo extraño en cuanto a la necesidad de su imposición ya que el mismo Aristóteles parece haber nominado a esta ciencia como *Filosofía Primera* o *Teología*: si existe “algo eterno, inmóvil y separado” (E1026a 10) a ella corresponde su estudio, pues “¿existe o no, aparte de las esencias sensibles, una esencia inmóvil y eterna, y, si existe, qué es?” (aparte, para, -pará- indica separación) (M 1076^a 10) ¿Qué es?. Lo dice: “no hay duda que si lo divino está presente en alguna parte, lo está en esta naturaleza inmóvil y separada” (E 1026a 20). Los intérpretes se han abocado al análisis tanto del *metá-* de *Metafísica* como del carácter de *primera* de la *Filosofía Primera*, neoplatónicos y medievales encontraron en el *metá-* una alusión a la jerarquía en el objeto como algo más allá de lo sensible implicando una primacía de la ciencia que investiga tal objeto. Pero también encontraron una sucesión en el orden del conocimiento que apoyada en la distinción aristotélica entre “anterioridad en sí” y “anterioridad para nosotros” posibilitaba asimilar las dos denominaciones., que por largo tiempo ha mantenido la tradición. Por otra parte se entendió que dentro de la *Filosofía general* había una parte que era *Filosofía Primera* porque versaba sobre los primeros principios a diferencia de la *Física*, ya que el mismo Aristóteles decía que “es necesario que haya... una filosofía primera y una filosofía

segunda”(G1004a 2). Bajo estas condiciones es legítimo preguntar por la sinonimia entre Metafísica y Filosofía Primera y, en caso de no ser sinónimas, a cuál correspondería el estudio del ser en cuanto ser y, finalmente, si es posible asimilar a éste la indagación en torno a lo divino, es decir a una esencia eterna inmóvil y separada de lo sensible. Identificar la ciencia del ser en cuanto ser con la Filosofía Primera sin duda permite una “interpretación unitaria” de la *Metafísica*. Pero, parece claro que la Filosofía Primera es Teología y está dedicada al estudio del ser divino, de la esencia separada, estudio que en la *Metafísica* está prácticamente restringido al Libro L cap,-6 en adelante- o sea no se trataría de una obra propiamente teológica, aunque no nos podemos apartar de que este es el nombre que le habría asignado el mismo Aristóteles. En este estado de cosas es donde se empieza a vislumbrar un doble proyecto teológico –sustancia separada- y ontológico –ser en cuanto ser- que albergaría la obra llamada *Metafísica*.

Las investigaciones de W. Jaeger marcan una divisoria en torno a cómo leer a Aristóteles, o dicho rápidamente representan un antes y un después con respecto a su comprensión, a tal punto que P. Aubenque en el Prólogo de su obra *El problema del ser en Aristóteles* nos dice que “...desde 1923 la casi totalidad de la literatura aristotélica es una respuesta a W. Jaeger”. No obstante en esta indagación nosotros seguimos a Aubenque en sus interpretaciones de inspiración heideggeriana, preocupado por escudriñar lo *no dicho*, por evidenciar un discurso negativo signado por la insuficiencia del lenguaje humano, que va a resultar en una suerte de fracaso, pues al preguntar por la ousía, trata de despojar a la misma de pretensiones sustancialistas (Heidegger) porque tal palabra alude en su significado originario a algo divino, al “acto de lo que es”, a “aquello que es eternamente lo que es” [Aubenque, 341] puro esplendor de la presencia (cosa diferente significará la misma palabra en el mundo sensible). Fracaso, no sólo para hablar acerca de lo divino (teología), sino para hablar en torno a la ontología si es cierto que ella se determina como el discurso humano (logos) en torno del ser (on), porque “no hay un logos sobre el on...y puesto que el ser en cuanto ser no es un género, ni siquiera hay *on* que sea uno” (Aubenque, 408), duplicación del problema, problema del *on* que se agrega al del logos. Pero este fracaso no convertirá a la ontología “en la sombra de una sombra”, no disolverá la cuestión ontológica, sino que ella será considerada por Aubenque desde la

perspectiva del “*fra-del-caso*” (Heidegger), es decir del punto en el que acontece la fractura del caso, para transfigurarse...en otra cosa. Y en esta ocasión, en una “*ontología de la contingencia, de la finitud y el fracaso*”, adquiriendo fidelidad al contenido de la obra llamada *Metafísica* que versa sobre el “ser móvil del mundo sublunar”, y a la vez aportando claridad de sentido al hecho de que la pregunta por el ser sea eternamente aporética, pues el ser de la *Metafísica* “nunca es del todo lo que es, y nunca acaba de coincidir consigo mismo” [Aubenque, 409] porque por ser móvil tiene constitutivamente la posibilidad de no ser, de ser otra cosa de la que es. La a-poría, la falta de salida que conlleva esta condición paradójicamente abre una multiplicidad de caminos, que en lugar de establecerse en una concepción unívoca del ser, permite que “surja la pluralidad irreductible de las categorías en que se devela” [409] el ser, permitiendo al lenguaje el despliegue de su función privilegiada, la atributiva o de predicación [Aubenque, 314]. Así llegamos también a una acepción del logos como enunciado.

Aubenque [261] sintetiza los problemas de la *Metafísica* en dos fundamentales: el de la unidad y el de la separación: formula el de la unidad inquirendo si: “¿son reductibles a unidad las múltiples significaciones del ser?, es decir ¿existe un principio común a todos los seres?, o sea, cuando Aristóteles pregunta en el L.B “¿pertenece el estudio de las causas a una sola ciencia o a varias? ¿es una sola ciencia la que se ocupa de todas las esencias o varias?”, pregunta por la unidad. En cambio cuando pregunta: “¿hay o no fuera de la materia alguna cosa que sea causa por sí?, ¿esa cosa está o no separada?, ¿hay alguna cosa fuera del compuesto concreto o bien no hay nada separado, o bien hay algo separado para ciertos seres y no para otros, y qué seres son éstos?”, se refiere al problema de la separación”. De este modo resulta una doble definición de la *Metafísica*: la que –por la afirmación de la unidad del ser- ve en ella una ciencia universal y la que –por la afirmación de la existencia de realidades suprasensibles- ve en ella una ciencia trascendente, una filosofía primera, por ello Aubenque llama ontológico al problema de la unidad y teológico al de la separación. Si afirmamos que los principios de los seres corruptibles e incorruptibles no son los mismos, (que parece lo razonable), estaríamos afirmando la separación y simultáneamente complejizando el problema de la unidad, pues a la cuestión de la unidad de lo sensible se agregaría el de la unidad de lo sensible y

suprasensible, que conlleva por su parte el problema de la unidad del saber, pues “¿es la filosofía el género común a todas las ciencias...o sólo la ciencia de algunas esencias y no de todas?” [Aubenque. 263] o sea ciencia de lo separado con exclusión de toda otra cosa. La concepción platónica de que “la unidad de lo múltiple debe estar separada de lo múltiple” sabemos que no conforma a Aristóteles, que por el contrario opone el mundo ideal y ordenado al mundo contingente en lugar de proyectar el orden del primero al segundo, agudizando el dualismo de su proyecto. De todos modos la cuestión del ser en cuanto ser como cuestión de la unidad del ser parece circunscribirse a la unidad dentro del mundo sensible y no a la relación sensible suprasensible, lo que acentuaría la sospecha de que la Metafísica no sería un tratado propiamente teológico. No obstante Aristóteles señala que estudiar el ser en cuanto ser es estudiar el ser que no-es considerado ni matemático ni físico, razón por la cual esta ciencia se opone a las ciencias particulares, pero nada dice acerca de lo divino, a pesar de que la teología es pensada como ciencia particular en tanto corresponde a un género que es por otra parte el “más eminente”, pero entre las ciencias particulares quedando subordinada a la ciencia del ser en cuanto ser, circunstancia que no parece del todo satisfactoria.

Aubenque sitúa el nacimiento del proyecto ontológico aristotélico en la reflexión acerca del lenguaje y sus significaciones. Así el discurso humano, único posible, él mismo pertenece al orden de lo sensible y del movimiento, al mundo de los hombres, y por eso no puede hablar con propiedad de lo divino, sino sólo de lo sensible y móvil, pero al hacerlo se desdobra, se disloca porque, si su forma paradigmática es la predicación (categorías), al decir, dice a la vez el sujeto y el atributo; así la definición de la cosa consiste en esta composición, o sea “presupone que la unidad de lo definido haya sido rota por las divisiones del discurso” [Aubenque, 315] que la definición intenta reconstruir, pero nunca logra “decir la cosa, sino algo de la cosa”. Pero de Dios no hay definición. Porque es simple. Imposible la atribución salvo la de su misma esencia. El ser en sí no nace ni perece. Es inmóvil. Y es el movimiento lo que está a la base de la división del discurso, así lo divino queda al margen del proyecto ontológico. Por eso nos dice Aubenque que la doctrina de las categorías no puede ser el resultado de una meditación acerca de lo divino. El movimiento disloca al ser respecto de sí mismo e instala la negatividad con grandes

resonancias heideggerianas nos dice que el movimiento es lo que separa a los hombres de Dios y es el que encierra la promesa de aproximación. Esta relación compleja entre movimiento e inmovilidad le permitirá la relación de tiempo y contingencia por un lado el “tiempo es lo que impide ser inmortales” por otro “sin contingencia no tendría sentido deliberar y trabajar” ¿Como incide el movimiento en la ontología –discurso sobre el ser-¿ No tendría el mismo que quedar al margen del movimiento del que habla? Aristóteles responde recordándonos que el discurso mismo es movimiento. Movimiento tal vez para continuar la busca de la ciencia aún no hallada.

Bibliografía

- ARISTOTELES. (1982) *Metafísica*, Ed. Gredos Madrid Tr. Valentín García Yebra. (versión trilingüe)
- AUBENQUE, Pierre. (2008) *El problema del ser en Aristóteles*. Escolar y Mayo Editores, Madrid, 1º edic. Trad. Vidal Peña